

# BOLETIN DE FILOSOFIA RELIGIOSA

---

1. *Analisis del suicidio.*—Monografía sobre el suicidio, sus causas y remedios, por el M. Iltre. Sr. Dr. D. CARLOS SALICRÚ Y PUIGVERT, Presbítero, capellán de honor de S. M. el Rey, Caballero Cruz de la Real Orden del Mérito Militar con distintivo blanco, beneficiado de la Iglesia parroquial de Calella. Prólogo del M. Iltre. Sr. doctor D. Miguel Serra y Sucarrats, canónigo de la S. I. Catedral Metropolitana de Tarragona y Catedrático de Derecho Romano y Civil Patrio en la Universidad Pontificia. Con licencia eclesiástica. Volumen de XVI—177 págs., de 19×13 cms. Imprenta de Eugenio Subirana, Puertaferrisa, 14. Barcelona, 1924.

El nombre del doctor Salicrú es muy conocido en el campo literario por sus muchos artículos y libros, y ciertamente que no desmerece por el presente, que es una buena contribución a la historia y estadística del suicidio. El libro está dividido en ocho capítulos y dos apéndices, y trata sucesivamente de la definición, historia y etiología del suicidio; de las relaciones de éste con la Etica y con las ideas de honor y heroísmo; del suicidio considerado ante la Psicología patológica, responsabilidad moral, legislación civil y canónica, y moral católica; y de la terapéutica del suicidio, la higiene social y los «paraísos de la muerte». Por esta sola enumeración se comprende que se tocan los puntos concernientes a una materia que es importantísima en este tiempo, porque el suicidio, como dice bien el autor, no es ya muchas veces un hecho individual, sino más bien un hecho social, y lo que es peor *«el suicidio del niño, el quasi infanticidio de sí mismo... hace su aparición como algo sintomático... que pone espanto en el ánimo»*.

Examina ante todo la noción de suicidio y hace una breve historia del mismo, para detenerse más de propósito en su etiología o causas. Este punto es trascendental, así individual, como socialmente considerado, porque conviene prevenir y evitar un crimen tan funesto y tal plaga social. El objeto que se propone el autor es demostrar la gravedad de este mal, desde sus principales puntos de vista, averiguar sus causas y señalar los remedios, seguir su trayec-

toria y sus diversas fases a través del tiempo y del espacio, y lo hace con mucha claridad, orden y buen criterio, deduciendo de cada una de las materias tratadas atinadas e importantes conclusiones.

El prologuista nota muy bien que el suicidio es contagioso, y que al menos en localidades determinadas un suicidio no viene solo, siendo de lamentar, como añade el autor, que el número de suicidios aumenta de año en año; que la tendencia al suicidio va creciendo con la edad hasta los sesenta y nueve años, y que, como se comprenderá fácilmente, los suicidios en las grandes poblaciones son mucho más numerosos que en las poblaciones rurales.

Pondera y demuestra cómo el suicidio es un crimen contra Dios, contra la Patria y contra sí mismo; incompatible con la idea de heroísmo y el honor bien entendido y está en pugna con las leyes civiles y canónicas. Pasando a la etiología del suicidio, enumera entre sus causas el homicidio perpetrado que le induce al suicida no pocas veces a volver contra sí el arma criminal, la impunidad de los delincuentes, el juego, el cine, el baile, las contrariedades en el amor, la publicidad de los suicidios y otras causas más o menos directas. Consigna como hechos inconcusos que a medida que se dejó sentir en la sociedad el saludable influjo del cristianismo, disminuyó el número de suicidios; que éstos se hallan en razón inversa de la religiosidad y moralidad de los pueblos, y que, *ceteris paribus*, los países prácticamente católicos ofrecen un coeficiente o porcentaje de suicidios muchísimo menor que el de los pueblos indiferentes o de otras religiones. Los remedios pueden ser de carácter religioso, moral, social y aun económico, y desde luego señala como verdadera panacea para combatir el suicidio «la vuelta al sentimiento religioso». El autor concede, y no sin fundamento, «mucha importancia a la práctica del seguro, en sus múltiples aspectos, como terapéutica del suicidio», y propone la idea de una liga contra la epidemia del mismo. No queremos terminar estas líneas, sin recomendar eficazmente un libro cuya lectura puede ser muy útil a toda clase de personas, y notando que así como se extiende bastante al tratar del suicidio desde el punto de vista del honor, valor y heroísmo, así hubiera ganado no poco si proporcionalmente se hubiera extendido en otros muchos puntos.

2. *Il Miracolo pelo P. ANGELO ZACHI, O. P., Professore nel Collegio Angelico di Roma, Vol. de XVI—650 páginas de 19 × 13 cms. Milano, Via S. Agnese, 4. Società editrice «Vita e pensiero».* 1923. L. 20.

Si la materia es trascendental desde el punto de vista apologetico y religioso, científico y filosófico, el modo de tratarla es digno y está a la altura de la misma. Es un trabajo amplio y profundo del milagro, en el que pone de relieve el valor probativo de éste, la doctrina católica acerca del mismo en frente de las falsas concepciones de los protestantes, de los modernistas y partidarios de la filosofía idealista; examina la posibilidad, conveniencia y cognoscibilidad del milagro y sus causas intrínsecas, rechazando de paso la suficiencia de las fuerzas psíquicas, del espiritismo y de los fenómenos diabólicos, para deducir que es efecto y manifestación de causas de un orden sobrenatural.

Mirado más en concreto, nos ofrece diez capítulos muy sustanciosos y nutridos de copiosa doctrina; para orientar al lector no estará de más, en asunto de tanta importancia, indicar sus títulos respectivos: La cuestión del milagro en la Apologética—la concepción católica y las pseudoconcepciones del mismo—. Los antecedentes de la posibilidad, la posibilidad misma, conveniencia y cognoscibilidad de los hechos milagrosos—las causas y energía psíquicas de la naturaleza. Las causas extranaturales creadas y algunas objeciones contra la realidad del milagro.

Viniendo al particular, en el primer capítulo trata del lugar que al milagro corresponde en el campo de la apologetica; analiza los motivos intrínsecos y extrínsecos de credibilidad y la superioridad de éstos por su fuerza probativa, más rápida y fácil para todos, y observa la actitud del protestantismo liberal, especialmente de sus más significados caudillos, como Schleiermacher, Harnack, Ritschl y Sabatier, de algunos modernistas y de otros más o menos adversarios del valor apologetico del milagro; a todos ellos contesta el autor, justificando la nueva actitud apologetica, y recordándoles aquellas vibrantes palabras de Jesucristo: «¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida!; porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que vosotros habéis presenciado, tiempo ha que, cubiertos de cilicio y ceniza, hubieran aquéllos hecho penitencia».

En el segundo expone el concepto católico del milagro, tomándolo en sentido tomístico, es decir, como superior no sólo a las fuerzas de la naturaleza sensible, sino también a *todas* las creadas; así entendido el milagro, es evidente que ni los ángeles pueden ser su causa *principal física*, sino solamente Dios. Pero no todos están con-

formes en concebir así el milagro; y no sin fundamento, porque supuesta la división clásica de los milagros, y admitida corrientemente, en tres categorías de primero, segundo y tercer orden, y concedido que los de primero y segundo sólo los puede realizar el mismo Dios, todavía ni parece que se pueda negar el nombre de tales a los de tercer orden, ni nadie niega que éstos los puedan realizar los ángeles. Así, por ejemplo, la conducción y translación instantánea por los aires de Habacuc, desde Judea a la Caldea, y las curaciones instantáneas de enfermedades gravísimas, tenidas por incurables por eminentias médicas, es certísimo que las pueden obrar los ángeles, y a nadie se le ocurre negar que puedan ser llamados verdaderos milagros—bien que de tercer orden o *quoad modum*—tanto para los dictados de la ciencia, como para los efectos de la canonización. En el capítulo tercero refuta bien al modernista E. Le Roy, pero se echa de menos la refutación de varios otros modernistas y adversarios del verdadero milagro, por lo que el capítulo resulta algo pobre o superficial.

En el cuarto, al hablar de las condiciones indispensables de la posibilidad del milagro, dice que es preciso presuponer la existencia de Dios; y es más, en la opinión del autor, hay que presuponerla *imediatamente*, porque sólo Dios puede hacer milagros; a juicio de los que conceden a los ángeles el poder de hacer milagros de tercer orden, también es necesario presuponer la existencia de Dios, siquiera sea *mediatamente*; pero si comienza por presuponerla, ¿cómo sin incurrir en círculo vicioso, pretende probarla por medio del milagro? No hubiera estado de más que se hubiese detenido en aclarar este punto, que es de gran interés, y demostrar que el milagro, o reconocido como tal, o también como mero hecho contingente, como cualquier otro, aunque siempre más resplandeciente que los ordinarios, nos conduce de una u otra manera a la existencia de Dios; y que, en todo caso, los milagros, como dice el Concilio Vaticano (cap. 3. De fide) «cum Dei omnipotentiam et infinitam scientiam luculenter monstrant, divinae revelationis signa sunt certissima et omnium intelligentiae accommodata».

En los capítulos quinto y sexto están amplia y razonadamente expuestas la posibilidad, conveniencia y cognoscibilidad del milagro, y en los tres siguientes refuta bien a los que pretenden reducir los milagros a meros fenómenos naturales, más o menos extraordinarios.

Solamente nos permitiremos hacerle aquí una pregunta, ya que en el párrafo o número 6.<sup>o</sup> del capítulo VII trata expresamente de las curaciones milagrosas, a las cuales, tanto por su carácter de «l'instantaneità», como por la «macanza di mezzi terapeutici proporzionati, assenza di convalescenza e di reliquati patologici», llama, con razón, como las llamamos todos los católicos, «veramente miracolose»; esas curaciones «verdaderamente milagrosas», ¿no las podrán realizar los ángeles? ¿No las podrán realizar, no ya como causas morales, o físicas instrumentales, pues en calidad de tales hasta los santos las realizan, sino como causas físicas *principales*? Para nosotros, y creemos que para todos, es cierto y evidente que sí, pues se trata de la aplicación y ejecución de fuerzas que están bajo el dominio de los ángeles. Pero de aquí se sigue una conclusión, también evidente, que se refiere a la misma definición del milagro, de la que se habló en el capítulo 2.<sup>o</sup>: luego para el concepto de verdadero milagro (como lo es también el de tercer orden), no se requiere que exceda a *todas* las fuerzas de la naturaleza creada. No nos es posible extendernos más, sino para decir que estas ligeras advertencias o modestas preguntas no empecen al mérito del libro, que es grande como trabajo apologético y como refutación directa del naturalismo e indirecta del materialismo y positivismo.

3. LES FAITS ET LES GRANDES GUÉRISONS de Lourdes: I. *Trente guérisons enregistrées au Bureau médical—1919-1922*, par le Dr. A. MARCHAND, Président du Bureau des constatations médicales de Lourdes. Vol. de XX-296 págs., de 19 × 12 cms. París, Téqui; Lourdes, Bureaux de la Grotte, 1924. Prix: 7 fr. II. *Celle qui ressuscita*, par RENÉ GAELL. Vol. de VIII-242 págs., de 19 × por 12 cms. París, Téqui, 82, rue Bonaparte, 1924. Prix: 5 fr.

Después de haber hablado del milagro y hecho referencia a los de Lourdes, viene bien, como complemento y confirmación, decir dos palabras de algunas grandes curaciones allí realizadas, y el asunto nos lo ofrecen los Dres. Marchand y Gaell en los dos libros arriba citados. Ambos libros están divididos en partes o secciones tricotómicas. El primero trata (I) de las curaciones de la tuberculosis-pulmonar, laringea, peritoneal, articular y vertebral; (II) de las llagas, fistulas y úlceras; (III) de las afecciones de los centros nerviosos. El segundo estudia un solo caso, pero de curación verdaderamente extraordinaria, por lo que lleva el título de «la que resucitó», pues sien-

do conocida con el nombre de «esqueleto vivo» por los que la vieron en Lourdes, de repente, por la intercesión de la Virgen, se levantó sana y buena. El autor estudia en la 1.<sup>a</sup> parte la agonía de Cecilia; en la 2.<sup>a</sup> el presentimiento de su corazón; en la 3.<sup>a</sup> la vida (perdida y) hallada.

Es objeción común y trillada de los adversarios del milagro, que en Lourdes sólo se curan las enfermedades nerviosas; estos dos libros, si no hubiera otros muchos antes, bastarían para demostrar que son ya innumerables las lesiones orgánicas y gravísimas, cuya curación instantánea está científicamente demostrada; como que, desde hace ya muchos años, en Lourdes, las curaciones de enfermedades meramente nerviosas, o no se toman en consideración, o no se consideran como extraordinarias. Allí sólo se registran como tales, las curaciones de enfermedades orgánicas, v. g., del cáncer, de las fracturas, de las varices, de las llagas, úlceras, tuberculosis vertebral, pulmonar, etc., y aun éas cuando se verifican total e instantáneamente, o en pocos momentos, o en un tiempo evidentemente menor y desproporcionado al que natural y ordinariamente suelen exigir. El Dr. Marchand prescinde en este libro, y no hace mención, de las famosas y notabilísimas curaciones, cuya historia es muy conocida, a saber, de las fracturas supurada y no supurada, respectivamente, de Rudder y de Margarita Ver; de las tuberculosis vertebral, pulmonar y cutánea de Gabriela Durand, de Amalia Hébert y de Teresa Rouchel; del cáncer recidivado en la mejilla y en la lengua de Renato Clément y de Catalina Lapeyre; de las varices ulcerosas de Francisco Macary y de la úlcera de Joaquina Dehant, enfermedades todas ellas declaradas incurables, y ante cuya total y repentina curación tuvo que reconocerse y se reconoció muda, impotente, sumisa y asombrada la ciencia. Pues bien; prescindiendo, repito, de todos estos casos, todavía el Dr. Marchand presenta treinta nuevas curaciones similares, de lesiones orgánicas, rigurosamente comprobadas y demostradas, con todos los pormenores que la ciencia más escrupulosa pueda exigir, y todas ellas recientes, verificadas en los años 1919 a 1922. Con razón dice el prologuista de este libro, René Gaell, redactor-jefe de la *Croix de Lourdes*: «Je doute que les esprits les plus exigeants puissent trouver, dans ce livre, matière à chicane ou à contradiction. Il ne s'agit point là de théories. Les faits seuls parlent, s'imposent à l'intelligence et portent en eux leur triomphe et leur victoire.»

De la misma manera, el caso de *celle qui ressuscita* que refiere René Gaell es también una curación prodigiosa, examinada hasta en sus más mínimos detalles, curación repentina de una *tuberculosis generalizada* y tan avanzada que dejó a la pobre joven casi descarnada y en huesos, que parecía un esqueleto. La lectura de este libro es interesantísima y apenas se puede hacer sin conmoverse, y la recomendamos no sólo a los peregrinos de Lourdes, sino también a todos los que quieran saber cuán escrupulosa y rigurosamente, cuán técnica y científicamente se procede en aquella oficina de comprobaciones, al examinar el carácter y gravedad de las enfermedades y el valor y eficacia de las curaciones.

Ambos doctores, Marchand y Gaell, beneméritos de la ciencia y de la religión ejercen el doble apostolado científico-religioso, como quiera que en sus libros, que refieren las curaciones prodigiosas, de que hemos hablado, nada falta de cuanto exigen los métodos científicos, ni las comprobaciones de los médicos, católicos y anticitáticos, religiosos, indiferentes e incrédulos, ni los datos sucesivos y graduales sobre la evolución del mal y estado del enfermo durante muchos años, ni los informes referentes a las operaciones quirúrgicas practicadas, ni el último y definitivo examen hecho por los médicos la vísperra misma de la curación milagrosa.

4. *Natur und Gnade* (naturaleza y gracia) von Dr. M. Jos. SCHEEBEN, Professor im Erzbischöflichen Priesterseminar in Cöln. Mit Einleitung und Ergänzungen neu herausgegeben von Dr. Martin Grabmann, o. Professor an der Universität München. Vol. de 350 páginas, de 23 × 16 cms. Theatiner-Verlag. München. 1922.

Después de sendos prólogo e introducción del editor, Dr. Grabmann, y prólogo e introducción del autor, Dr. Scheeben, viene la división del libro en cuatro grandes capítulos. En el primero se explican los conceptos de naturaleza y sobrenaturaleza, de lo natural y sobrenatural; y su comparación y análisis. El segundo comprende la naturaleza y el orden de la vida natural, y en él se estudian los principios generales de la naturaleza, y en especial la naturaleza espiritual y total del hombre. El tercero trata de la gracia y del orden de la vida sobrenatural, y declara cinco puntos, exponiendo primero las prenunciones, luego lo sobrenatural, y precisa y sucesivamente los conceptos metafísicos de la sobrenaturalidad, sus corolarios, sus fuerzas y actos, deteniéndose principalmente en lo concerniente a la fe, es-

peranza y caridad. El cuarto se refiere a la unión y armonía entre la naturaleza y la gracia, y termina con un Epílogo y una mirada analítica retrospectiva: tal es el contenido de este tomo, que por vez primera fué publicado en 1861, pero que por su relevante mérito ha sido de nuevo editado con introducción, notas y aclaraciones por el preclaro teólogo, doctor Grabmann; así adquiere la obra doble valor: el suyo propio y el de las atinadas advertencias e ilustraciones del insigne profesor de la Universidad de Munich.

Y ante todo, el Dr. Scheeben comienza por declarar los conceptos fundamentales de lo natural y sobrenatural, ya que todo el libro gira alrededor de estas dos grandes ideas, y procede con claridad y precisión, determinando sus varias acepciones; y así como hace un estudio comparativo de los conceptos «natural y sobrenatural», así examina también detenidamente y por contraposición los órdenes de la vida natural y sobrenatural, donde merecen especial mención las páginas que dedica a la naturaleza espiritual del hombre. Pero en lo que se distingue especialmente es al hablar del orden sobrenatural de la vida. Este punto lo trata despacio y extensamente, declarando sus fundamentos, precisando y aquilatando su concepto, exponiendo sus propiedades, deduciendo importantes consecuencias acerca de la idea sobrenatural de Dios y de la Trinidad beatísima, de la espiritualidad sobrenatural, de la santidad, virtudes y actos del mismo orden, completándolo con la exposición de la fe, esperanza y caridad, señaladamente de esta última.

También es digna de loa la labor del Dr. Grabmann, pues aunque no nos manifestara él mismo que la ha tomado con mucho interés y cariño, por el afecto y admiración que profesa al autor del libro, se trasluciría fácilmente por las numerosas y oportunas citas y notas con que la ha ilustrado, entre las cuales merecen subrayarse las de las páginas 49, 88, 91, 123 y siguientes, 131, 145, 203, 217, 235 y 307. Bien hace el profesor Grabmann en reeditar este libro para refrescar y avivar la idea del orden sobrenatural, especialmente en Alemania, donde el racionalismo ha querido borrar o relegar al olvido cuanto a ese orden se refiere. En el curso de esta obra late y palpita con fuertes pulsaciones la idea fundamental de que el cristianismo es una religión sobrenatural.

E. UGARTE DE ERCILLA.